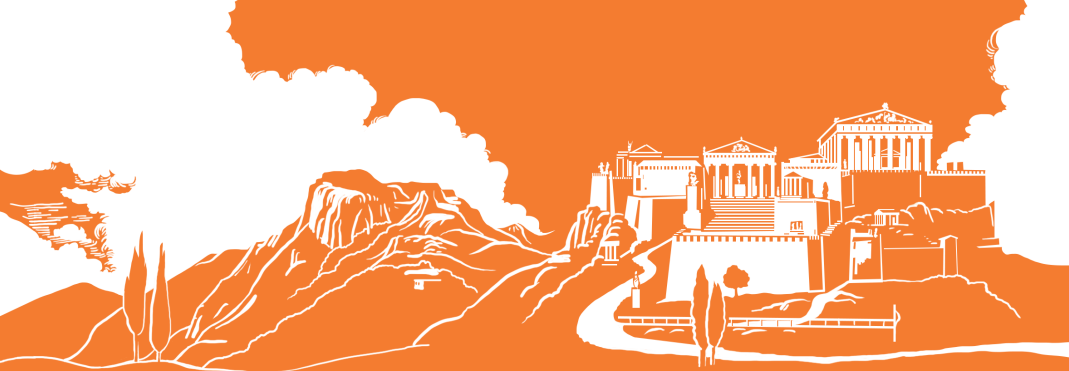
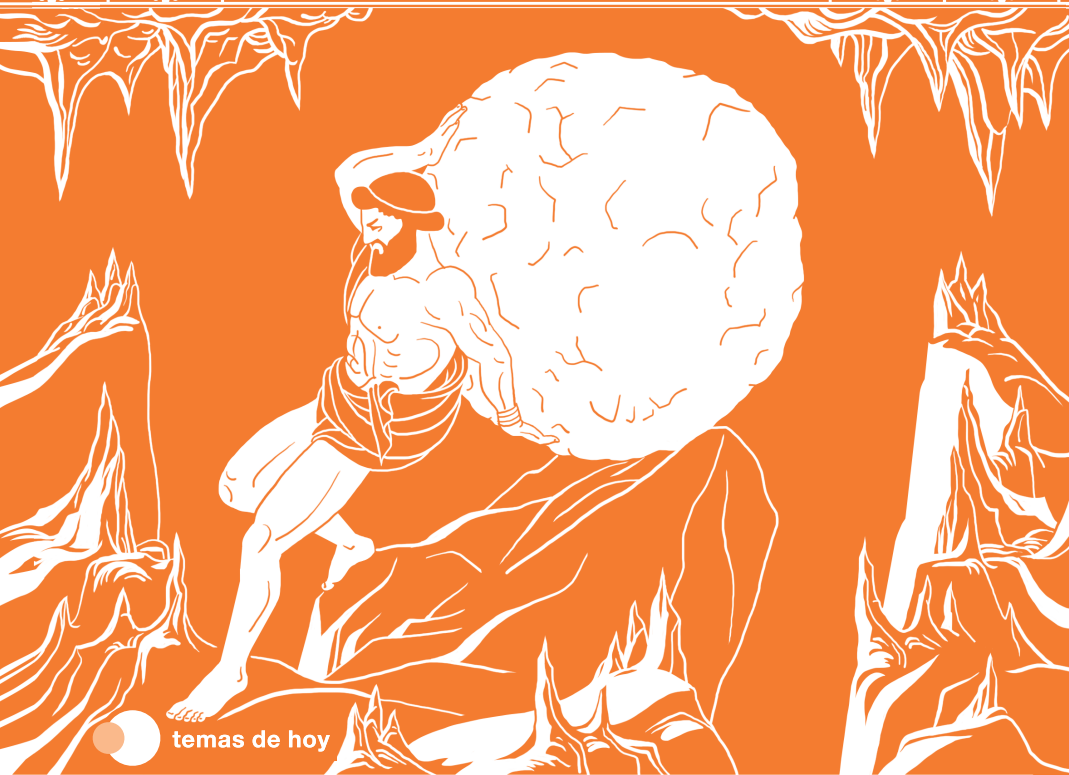




SÍSIFO,

EL HOMBRE QUE ENGAÑÓ A LA MUERTE

POL GISE



temas de hoy

POL GISE
SÍSIFO, EL HOMBRE QUE ENGAÑÓ
A LA MUERTE



temas de hoy

Siempre he odiado a mi hermano. Y él a mí. Según nuestra madre, nacimos a la vez. Obviamente, nunca la creímos. Nos parecíamos lo mismo que una roca a una puerta. Yo tenía los ojos verdes y el pelo castaño y muy rizado mientras que él los tenía azules y una melena rubia y lisa. Siempre pensé (o al menos eso deseaba) que lo habían encontrado en la basura... y que debían haberlo dejado allí. Desde pequeño, Salmoneo ya me caía mal. La voz de pito que emitía cada vez que hablaba hacía que me entraran ganas de retorcerle el cuello, pero por suerte se le fue agravando con el tiempo. Tenía una obsesión enfermiza con los rayos y los truenos; siempre que había tormenta se arrimaba a la ventana e imitaba el sonido de esos ruidos estruendosos y yo rezaba para que el dios Zeus se tomara aquello como una falta de respeto y uno de esos rayos acabara impactando en la sien de mi odiado hermano. Esa fijación también se agravó. Yo también tenía mis obsesiones, pero no daba por saco con ellas, me las guardaba para mí,

como cuando me dio por observar las estrellas; me podía pasar las noches en vela mirando al cielo, pero en silencio, sin incordiar. Salmoneo, en cambio, el muy pesado, tenía que gritarlo todo a los cuatro vientos. Cuando le dio por los caballos se pasó meses trotando por todas partes e imitando el sonido del galope con la boca. Era insoportable, sí, pero la parte buena de esos momentos era que entonces no se metía conmigo. Hasta que un día descubrió los peines y empezó mi tortura. Se los cogía a nuestra madre y se peinaba sin parar, en todas partes; el cepillo le resbalaba por el cabello como un trineo por la nieve y esa sensación le volvía loco.

—¡Tú no puedes hacerlo! —me dijo un día.

—¡Porque tú lo digas! —respondí enfadado.

Le arranqué el cepillo de la mano y me lo puse en la cabeza listo para peinarme, pero en cuanto hice el movimiento, se enredó con mi pelo y tiré tan fuerte que se me saltaron las lágrimas del dolor. Lloré mucho, pero mi hermano rio más. Y, desde ese momento, todo se convirtió en una competición. Por eso nuestra madre no nos quiso decir nunca quién había nacido antes, pues hasta en eso nos habríamos medido.

Competíamos para saber quién era más alto o fuerte, quién saltaba más o corría más rápido, quién lograba esconderse durante más tiempo de los criados... En eso último gané yo: estuve dos días desaparecido, escondido en el establo de los caballos de los soldados de nuestro padre, pero me pillaron cuando se disponían a iniciar mi búsqueda por los alrededores de la ciudad. No volvimos a medirnos en eso porque descubrí que Salmoneo ni siquiera se había escondido. Había sido una de sus artimañas para poder pasar más tiempo con nuestra madre. Al fin y al cabo, competíamos sobre todo por ella.

Cuando formas parte de una familia real tienes de todo menos amor. Mi padre era el rey de Eolia (también era el padre de mi hermano, pero no quiero estar hablando en plural todo el rato). Su nombre era Eolo. Y sí, el reino se llamaba así por él. Me encantaría describirte su personalidad, pero estaría inventándomela; no es que no sea capaz de hacerlo, me fascina la desinformación y el apabullante y maravilloso universo de oportunidades que aparecen cuando mientes como un bellaco, pero, por una vez, quiero renunciar a ello para contarte mi historia. A estas alturas, el engaño ya no me sirve de mucho. Eolo trataba a todos igual, desde el encargado de limpiar las letrinas hasta su hijo mayor. Éramos sus súbditos. La única con la que se comportaba como una persona de carne y hueso era mi madre, la reina. De puertas para dentro solo ellos sabían cómo actuaban pero, en público, mi padre le susurraba todo el rato cosas al oído mientras se cubría el rostro con una mano, supongo que para que nadie viera ni una sola emoción que pudiera bajarlo metafóricamente del trono y convertirlo en un simple hombre más. Mi madre se llamaba Enárete, que significa «virtuosa». Era una mujer muy hermosa e inteligente. Eso daba sentido a su nombre, pero, además, también era muy consciente de ello. Los demás reyes la trataban con condescendencia cuando veían lo presumida que era, como si fuera inviable invadir sus reinos y tener una *skincare routine*. Y eso, ella, lo usaba a su favor. Al no ser considerada una amenaza, utilizaba sus amistades con las reinas y las princesas de otros reinos para asistir a los eventos que organizaban y, con un gesto tan sencillo como equivocarse de habitación al intentar llegar al servicio, recopilaba toda la información necesaria para trasladársela a mi padre. Era fascinante. Usaba la errónea percepción que tenían de ella para desarmarlos. Amaba mucho a su rey, a su reino y,

sobre todo, a sí misma. A sus hijos no tanto, pero siempre nos dedicaba un rato a la semana o incluso cada día cuando éramos recién nacidos. Y yo hubiera podido disfrutar de ello, pero no nací solo. Mientras el resto de mis hermanos habían disfrutado de ser «el bebé» durante sus primeros años de vida y de que los sujetara en brazos nuestra maravillosa madre, yo me vi obligado a compartirla. Tan solo pude disfrutar de un brazo de la persona que me parió. Y no solo durante esa etapa de mi existencia, no. También durante el resto de mi vida. Pero a una edad muy temprana decidí que no estaba dispuesto a ello. Y mi hermano Salmoneo tampoco.

—¿De dónde habéis sacado esas espadas? —preguntó nuestra madre.

Nos miraba, con sus hermosos ojos verdes, muy cabreada. Mi hermano y yo estábamos de pie, uno en cada esquina de la habitación de los castigos. La llamábamos así porque era donde nos encerraba para regañarnos después de habernos peleado. Teníamos diez años y habíamos decidido luchar en un combate a muerte con espadas, aunque no éramos capaces de levantarlas ni un palmo del suelo.

—¡Os he hecho una pregunta! —insistió.

—No somos unos chivatos, mamá —dije.

Nos las había conseguido un criado al que habíamos amenazado con acusarlo de hacer comentarios lascivos sobre nuestra madre si se negaba. Obviamente accedió.

—Está bien. Entonces os pondré en la silla de los abrazos hasta que me digáis quién...

—¡Ha sido un criado! —gritamos a la vez.

La silla de los abrazos era el peor de los castigos. Eran dos asientos en uno con cuatro mangas de cuero que estaban situadas de tal manera que abrazabas a la persona que tenías enfrente y viceversa. Nos había castigado una vez con ello y

pensamos que, al estar tan pegados, podríamos abofetearnos, pero no era para nada como habíamos creído. Estábamos completamente inmovilizados. No podíamos ni darnos patadas. Tan cerca y a la vez tan lejos.

El rey consideró que no había ninguna excusa para dar armas a dos niños sin supervisión y, menos aún, a sus propios hijos. Así que el criado fue condenado a muerte y, como castigo para nosotros, nos obligó a presenciar la ejecución. Tenía mucho miedo de ver morir a alguien, la muerte me daba pánico. Dejar de existir, de sentir... solo de pensarlo ya me ponía malo. Pero, contra todo pronóstico, no fue eso lo que más me impactó, sino el público. Los rostros de la gente supuraban odio. Gritaban, insultaban y lanzaban tomates y otras cosas no tan blandas a ese pobre desgraciado durante sus últimos minutos de vida. Querían sangre, querían muerte. No tuvieron ningún tipo de piedad. «¿Qué lleva a alguien a desearle la muerte a otra persona?», me pregunté. Pero, acto seguido, vi a Salmoneo sacándome la lengua. Cuando la espada del verdugo cortó el cuello de ese pobre hombre, la euforia se apoderó de la plaza. Recuerdo que el ruido me atolondró la cabeza. Me tapé los oídos y corrí hacia el carruaje que nos había llevado hasta allí para esconderme dentro. A los pocos segundos entró mi madre de la mano de Salmoneo.

—¡A Sísifo le da miedo el ruido, a Sísifo le da miedo el ruido! —se burlaba mi hermano.

Mi madre le pegó un guantazo que sonó como un aplauso y, acto seguido, me dio otro a mí.

—¿Queréis acabar como él? —preguntó refiriéndose al criado.

—No acabaremos como él, somos príncipes —respondí después de un largo silencio durante el cual mis músculos faciales volvieron a su sitio.

—Para el resto de los mortales sí, pero hay mucho más que nuestros ojos no son capaces de ver.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Salmoneo.

—Ahora mismo, Tánatos se está llevando el alma de ese hombre al reino de los muertos...

—¿Quién es Tán...?

—Es la muerte —me interrumpió mi hermano hablando a toda velocidad—. Es un dios muy bello que, si te toca con el dedo, te mueres y te lleva al inframundo, que es el reino de los muertos. Me lo contó Creteo.

Ese era nuestro hermano mayor.

—¿Ahí no es donde vive el dios Hades? —pregunté excitado por tener un poco de conocimiento sobre el tema.

Nuestra madre levantó un dedo y ambos nos agachamos.

—Ni se os ocurra volver a hablar de los dioses como si os estuvierais refiriendo a algún primo lejano.

Asentimos en señal de disculpa.

—Ellos nos han dado la vida y pueden quitárnosla cuando les plazca —siguió—. Así que, o empezáis a mostrar respeto por ellos o no podré protegeros de vuestros propios actos. —Hizo una pausa para asegurarse de que el peinado de su bella cabellera oscura seguía en su sitio—. Llevo rezando a la diosa Afrodita desde que os peleasteis por primera vez cuando apenas teníais un año. Le he suplicado que os améis, que el odio que sentís el uno por el otro se desvanezca y lo reemplace un bonito amor fraternal, porque no hay nada más doloroso para una madre que ver como sus hijos se pelean. —Una lágrima intentó caer de su ojo izquierdo, pero sacó un pañuelo y se la enjugó con tanta rapidez que creí que me la había imaginado—. Pero parece que mis ruegos a la diosa del amor no dan resultado; cada vez sois más mayores y estúpidos. ¡Cada vez sois más hombres! ¡Maldita sea!

Salmoneo y yo nos miramos de reojo, desafiantes, preparados para ver quién se disculpaba mejor con ella. Pero aún tenía algo más que decir.

—Me veo en la obligación de advertiros de que si, en una de vuestras peleas, uno de los dos muere..., no seré yo la que castigue al que sobreviva, sino que serán los mismísimos dioses.

Sí, nos queríamos matar, literalmente. Éramos príncipes, teníamos todas nuestras necesidades cubiertas, pero lo único que nos impedía ser felices era la existencia del otro. Así lo sentíamos en ese momento: pensábamos que, una vez solucionado esto, nunca más tendríamos problemas. No podíamos estar más equivocados. Es irónico que mi mayor miedo fuera perder la vida y, aun así, quisiera luchar a muerte contra Salmoneo, pero estaba tan convencido de que podía acabar con él que en ningún momento pensé que era yo quien podía morir. Así que imagínate mi tremenda decepción al saber que, aunque lo venciera, también perdería la vida.

Cada reino tiene sus propias leyes y no tienen por qué coincidir con las de otros lugares. Por ejemplo, hay quien huye de su país porque allí existen leyes que atentan contra su persona; otros viajan para pasar unos días fumando alguna planta que está prohibida en su reino e incluso los hay que se mudan para pagar menos impuestos. Pero los dioses también tienen sus propias leyes y no importa donde vayas, ningún mortal puede escapar de ellas: está prohibido creerte igual a los dioses, ponerle los cuernos a tu cónyuge y matar a alguien de tu misma sangre. Si infringes alguna de estas leyes, estás jodido. Tres señoras con sangre en los ojos, serpientes en la cabeza y unas alas tan grandes que pueden rodearte y sumergirte en la más profunda oscuridad solo con ellas, son las encargadas de condenarte por estos crímenes: las Erinias. Aunque los nombres de cada una son Alecto, Megera y Tisífone. La primera castiga la soberbia; la segunda, las infidelidades, y la tercera, los crímenes de sangre.

—No lo entiendo, madre —dije angustiado—. Si mato a Salmoneo, ¿Tisífone me matará o me castigará?

La reina lo había explicado veinte veces de camino a palacio, pero varias horas más tarde, cuando yo ya estaba vestido con mi túnica para acostarme, había pedido a un criado que fuera buscarla para que me resolviera más dudas.

—Sísifo, querido —suspiró visiblemente harta—. Lo único que tienes que saber es que no debes hacer daño a tu hermano.

—Pero ¿y si lo hago? ¿Moriré?

Mi madre puso los ojos en blanco.

—Pues no, cariño, no morirás. Pero desearás estar muerto.

—Eso es imposible, yo no quiero morir nunca.

Se sentó a mi lado y me agarró de las manos. Hacía mucho tiempo que no la sentía tan cerca, pero su mirada estaba lejos de ser cariñosa.

—Tisífone te perseguirá para siempre, Sísifo. No se despegará de ti nunca. Te azotará con su látigo de hierro y sentirás cómo tu piel se cae a trozos, pero no lo hará. Seguirás intacto por fuera mientras que en tu interior notarás cómo te vas rompiendo poco a poco. Seguramente no será solo por ella, sus hermanas también se unirán a tu castigo y las tres te atormentarán durante el resto de tu vida hasta el día que te mueras. Pero eso no es todo, querido hijo, porque cuando lo hagas, acabarás en lo más hondo y tenebroso del inframundo, el Tártaro. Y será entonces cuando desees morir, pero ya estarás muerto y no habrá nada que te libre del eterno sufrimiento.

No hice más preguntas. Esa noche no pude dormir. Me la pasé dando vueltas en la cama con los ojos abiertos como un búho angustiado. Me emparanoié con que mi hermano se moría de golpe, de un paro cardíaco, y me responsabilizaban a mí por haberlo estresado. Pensaba que cada ruido que oía,

por pequeño que fuera, era obra de la temible Tisífone y entonces yo me hacía una bola: me abrazaba las rodillas e intentaba esconder la cabeza entre los brazos. Como si así la Erinia fuera a confundirme con un bicho bola y me librara entonces de su castigo. Al día siguiente corrí a buscar a mi hermano para ver si estaba bien e intentar hacer las paces con él, no porque lo sintiera con sinceridad sino por miedo a la reprimenda divina. No lo encontré en sus aposentos ni en la sala de juegos, así que decidí ir a desayunar y después seguir con su búsqueda, pero no hizo falta. Estaba en el comedor, concretamente en mi sitio, lamiendo mis cubiertos como si le fuera la vida en ello. Me encendí. Por un segundo sentí que sufrir eternamente valía la pena si podía darme el gustazo de pegarle una paliza. Pero no lo hice, porque la venganza es un plato que se sirve frío y aunque, en este caso, no podía servirlo yo directamente, bien podía cocinarlo. Eso sí, me escondí detrás de la puerta y, en cuanto Salmoneo salió, le pedí a un criado que me cambiara los cubiertos y, tan pronto como me quedé solo, escupí tanto en el plato de mi hermano que casi me deshidrato. A partir de ese momento empezó nuestra guerra fría. No era violencia física, ni siquiera verbal. Nos boicoteábamos. Pero debíamos ser creativos para que nuestra madre no se diera cuenta. E incluso, a veces, ni siquiera nos dábamos cuenta nosotros mismos. Estuve una semana entera meando en su cama y dejaba abiertos los postigos de las ventanas para que pareciera que había entrado un animal. A decir verdad, me delaté yo mismo porque aquello no tenía gracia si Salmoneo no sabía que el culpable era yo. «¿Estás durmiendo bien estos días?», le pregunté estallando de la risa. Esa sensación de triunfo fue muy bonita mientras duró. Pero duró poco.

—Sísifo, tendrás que dormir en el cuarto de invitados hoy —dijo mi madre, asustada como si hubiera visto un mons-

truo—. Parece que el animal que hacía pis en la cama de tu hermano no está solo y... —se puso la mano en la boca como si fuera a vomitar— hay que desmontar tu habitación y hacerla de nuevo, cariño. Lo siento mucho.

Nunca supe cómo lo hizo. Había tantos excrementos que era humanamente imposible que hubiera sido solo él. Quizá había encerrado a algunos animales, o incluso obligado a los criados a hacerlo, lo creo capaz, pero, de ser así, estos nunca confesaron. Me pasé un mes entero durmiendo en la habitación de invitados: fue horrible. Estaba en el piso de abajo, se podían oír los pasos de mis padres y, sobre todo, de mi hermano, que quería dejarme claro que él estaba por encima. No caminé tanto en su vida.

Obviamente, la cosa no acabó aquí. Recuerdo untarle las sandalias con puré, afeitarse una ceja mientras dormía, esconderle la ropa después de bañarse y obligarlo a cruzar medio palacio desnudo... Esto último fue muy gracioso. Ni se os ocurra sentirse mal por él, ¿eh?, que a mí me empapó el cabello con una especie de pegamento y tuvieron que afeitarme el cráneo entero. «Cabeza-huevo», me llamaba el muy idiota. Y como estas, mil más. Así fue nuestra relación hasta que cumplimos la mayoría de edad. El día de nuestro cumpleaños, la reina nos citó a primera hora de la mañana en el recibidor de la entrada de palacio para darnos su regalo. Recuerdo estar muy excitado, no sabía qué podía ser, pero estaba convencido de que iba a recordar aquel momento durante el resto de mi vida. Y así fue, pero no cómo esperaba.

—Es hora de que os marchéis —dijo mi madre.

Salmoneo y yo nos miramos confusos.

—Vuestro padre y yo —siguió— creemos que ha llegado el momento de que fundéis vuestro propio reino.

—No pienso fundar nada con este —dijo Salmoneo señalándome con desprecio.

—¿Y piensas que yo sí, mamarracho?

La reina inspiró y espiró como le había recomendado una de las sacerdotisas a las que recurría para calmar sus nervios, claramente provocados por mi hermano.

—Vuestro padre preferiría abdicar y hacerse frutero antes que obligaros a compartir una de sus tierras —añadió mientras liberaba aire—. Os iréis cada uno a una punta.

—Pero... —dijimos a la vez.

—¡Ni se os ocurra protestar! —gritó—. Me tenéis harta, ¡joder! ¡Me hacéis decir incluso palabrotas! —Resopló y, con cuidado, se palpó su peinado—. Toda la vida persiguiéndoos como el perro y el gato sin importaros lo más mínimo cómo me afectaba. ¿Sabéis lo que he tenido que soportar? ¿Sois conscientes? ¿Os pensáis que la gente no se da cuenta de estas cosas? ¿Que no chismorrean sobre nuestros trapos sucios? —Hizo una pausa para coger aire—. ¡Contestad!

Ambos negamos con la cabeza al unísono.

—Dicen que el motivo de vuestras riñas era yo —siguió—. Que competíais por mí, que estabais celosos el uno del otro, como si yo fuera un trofeo que ganar.

—Madre... —dijo Salmoneo.

—¡Ni madre ni leches! —lo interrumpió enfadadísima—. Yo os quiero, os he querido y os querré siempre. Pero ninguno me ha ganado, al contrario... me habéis perdido.

El corazón me dio un vuelco. Sentí frío, como si un gigante de hielo me acunara entre sus brazos. Y durante unos segundos no fui capaz de respirar. Pensé que había llegado el momento, que me estaba muriendo. Pero no, tenía que vivir con eso.

—¿¡Qué!? —exclamé al recuperar el aliento.

—Madre, por favor, no digas eso... Al menos no a mí, sabes tan bien como yo que todo esto es culpa de Sísifo.

Me volví hacia él histérico.

—Pero ¿cómo te atreves!? ¡Todo esto lo empezaste tú cuando te reíste de mi pelo!

—¿Lo ves, madre? ¡Aún no ha superado una tontería que pasó cuando éramos niños! ¡Arrastra sus traumas y nos hace pagarlo a todos!

—¡Basta! —gritó ella.

Me lancé al suelo de rodillas y Salmoneo me imitó. Lloramos desconsoladamente como bebés que no son capaces de dormir por sí solos. Nos arrastramos hasta ella y la intentamos agarrar de las manos, pero retrocedió y nos dio la espalda.

—Perdonadme, hijos míos. Lo he hecho lo mejor que he podido —dijo conteniendo el llanto.

Hizo un gesto con la mano y una docena de guardias entraron con nuestro equipaje ya hecho, seguidos por nuestro padre, el rey. Se nos cortó la llorera nada más verlo. Caminó solemnemente hacia nosotros, con la cabeza tiesa. Dio vueltas alrededor nuestro cual águila imperial, mirándonos con desprecio por el rabillo del ojo, como si tuviéramos que agradecer el esfuerzo de que sus pupilas nos enfocaran. Después de orbitarnos durante un larguísimo rato, se detuvo enfrente de nosotros, dejó caer las manos hasta apoyarlas en nuestras cabezas y habló:

—No volváis. Nunca.